

ULISES ESTRELLA

Peatón de Quito y amigo de Bolivia

Ulises Estrella -¿no es de suyo poético llamarse así? - cultiva la poesía con fortuna desde hace treinta años. Lo ha hecho siempre de pie y con el puño en alto, pero sin caer nunca en el panfleto. Nacido en Quito en 1939, fue fundador en 1962 de un grupo literario que se dio el apelativo de "Tzántzicos" para marcar su indignación por el estado de la literatura nacional y su fiera voluntad de cambiarla obrando a la manera en que lo hacían los indígenas selváticos así llamados con sus enemigos: decapitarlos y reducir sus cabezas. "Con sangre, sí con sangre... aquí se acaban; aquí dejad vuestros lamentos, vuestros montones de palabras... Reduciré vuestras cabezas engrandecidas de placer, de gastada tranquilidad, de dioses o de perros falderos..." Así proclamaba su rebelión Estrella. Y así -disparando iconoclastas cerbatanas - protestaba con sus compañeros subversivos contra una poesía quizás anquilosada en lo convencional y lo trivial. Contra una historia oficial que a menudo escamoteaba la raigambre autóctona de la nación ecuatoriana. Y contra una literatura volcada a ensalzar y emular lo venido de ultramar. Y aplaudido por unos y repudiado por otros, el grupo desató de todas maneras una revolución intelectual en el Ecuador de los años 60. Puso a vacilar muchas plumas. Sacudió a los viejos. Fascinó a los jóvenes. Al paso de los años, sin embargo, acaso no pocos, de esos iracundos se fueron adormeciendo a su vez. Pero Ulises estuvo entre los que no abjuraron de su insurgencia contra la falta de autenticidad, la alineación y la injusticia. Siguió siendo joven a perpetuidad. Rebelde con causa irrenunciable. Lo atestigua así un compatriota suyo, Elieser Cárdenas Espinoza: "De las imprecaciones y los llamamientos a la destrucción lúcida, que forman el grueso de sus poemas aparecidos en "Clamores" y la revista "Pucuna", Ulises Estrella no dobla la esquina, no recapacita, ni mucho menos vuelve a las mansas filas de los hijos del orden de siempre - traidores de todas las rebeldías - sino que ahonda, afila el instinto y el olfato de la búsqueda".

Estrella publicó su primer poemario, Clamor, en 1962 y el segundo en 1966, Ombligo del Mundo. Ellos tipifican bien las dos vertientes centrales de sus versos. La lucubración intimista sobre la condición humana, cargada de inconformidad y con frecuencia teñida de pesimismo. Y la pasión por su patria indoespañola y en particular por la ciudad capitana de ella.

Cinco, diez o veintitantos años más tarde el poeta no habrá abandonado esas grandes avenidas en que florece su estro. Las ha precautelado más bien enriqueciéndolas con nuevos aportes de su imaginación creadora, con talentosas variantes y complementaciones. Así lo demuestran, entre otras obras, su Convulsionario de 1974, su Aguja que Rompe el Tiempo de 1980, y su Fuera del Juego de 1983, este último ganador del premio "Jorge Carrera Andrade" de ese año. Y lo propio es evidente en la compilación 60 Poemas que recoge en 1984 mucho de su mejor poesía correspondiente a 1962-1983.

Pocos años después hallaremos dos frescas evidencias de la prevalencia de los mismos trazos maestros. En Interiores (1986), una clara conformación del esquema intimista, hecho más de dudas y congostas que de certidumbres y júbilos. De este libro dijo el poeta colombiano Juan Manuel Roca que... "nos hace partícipes de planos interiores en donde al solo 'abrir y cerrar de ojos'; se entrelazan el mundo del adentro y del afuera para quedarnos entreabiertos. Entreabiertos al sueño y la vigilia, con la mirada dictándonos nuevos asombros, atisbos de luz a cada paso...". Y en 1989 Cuando el Sol se Mira de Frente constituye un himnario de la quiteñidad, forjada con anárquicas fibras nativas y tradiciones hispanas pobladas de santas, soldados y sacerdotes, tanto como de artesanos de

iglesia - cual Cantuña - y de singulares mujeres, como Toa, la mítica princesa indígena, o Manuelita Sáenz, la legendaria pero nada mítica "Libertadora del Libertador". Esta obra, según el crítico literario Francisco Proaño Arandi, "... intenta atrapar, a través de los indicadores geográficos, topográficos y aún alucinatorios - sitios, personajes, tradiciones - los niveles secretos de una ciudad, su historia arcana, subterránea, intransferible, eso que la personaliza, como al barro la mano taumatúrgica del alfarero...".

Intimista sin llegar a críptico, por una parte, y gráfico pero no epidérmico, por otra. Tal vez esas dos características apunten a definir el estilo poético de Ulises Estrella. Cuando este pulsa la lira íntima, sus versos se hacen escasos, compactos y lacónicos. Cuando canta a su tierra, ellos abundan, se elongan y burbujean. "Su lenguaje retorna del adelgazamiento o estrictez anterior - lo señala Proaño - se carga de renovadas metáforas, se extiende incluso, vasto y rítmico, hacia las suntuosidades del versículo, todo en el deliberado intento de aprender una múltiple realidad, un continuum espacial-temporal en cuyo fondo, angustioso, contradictorio, casi inasible, serpentea esa verdad todavía no dilucidada, pero a la que poetas sin concesiones como Estrella logran el milagro de acercarnos cada vez más: nuestra insustituible, intransferible verdad". Estrella es afecto al verbo por sobre el adjetivo, a las minúsculas sobre las mayúsculas. A menudo sus poemas solo están numerados, no llevan títulos, ¿acaso para brindar al lector el placer de rotularlos? Es musical sin procurararlo. Y, por otra parte, reflexiona, pero rara vez filosofa. Bucea hondo y sueña alto. Maldice pero no pontifica. Y a veces se regocija armando caligramas; por ejemplo así:

"desde
esta
colina
de
tierra
viento
y
hojas
bajaré
vestido de polvo y sol,
con un salto de la cima a la sima,
para descubrir la libertad
en lo hondo de mi tumulto".

En su más reciente entrega, Peatón de Quito, publicada en 1992, Ulises conjuga con soltura -en la forma y en el fondo - las dos fuentes mayores de su construcción poética" la sutil con la evidente. Agrega a su cantar nuevas señales del campanario suyo evitando el riesgo de caer en la estampa folclórica. Allá está la memoria de un pintor colonial que quitara la vida a su aprendiz para lograr verismo en un cuadro de agonía. La semblanza de la Virgen del Quinche y su santuario mestizo. Y la de la Virgen de Quito, que luce alas de ángel. El elogio a tres mujeres singulares y a dos precursores de la revolución por la independencia. La viñeta del hoy desaparecido "chulla" quiteño, el bonvivant irreverente y gracioso, si no fuera patético también. Y hasta la mención a la actual quema decembrina y pública, del muñeco que representa al Año Viejo. Pero todo ello está dicho con hondura lírica, no como turístico apunte ni con pincelada de cronista. Todo es presentado, más bien, por el maravilloso poder de abstraer y sugerir que distingue al oficio misterioso del aeda.

Luis Ramiro Beltrán. Oruro 1980.
Comunicador Social, poeta,
dramaturgo y ensayista.